

Los yanquis trotamundos que vienen de prisa a visitarnos y que, de prisa también—por aeroplano,—regresan a su tierra a escribir para el público lector de Norte América noticias acerca del avance de su civilización en nuestro medio, debieran fijarse, con la humilde atención conveniente a quien tiene algo que aprender, en lo que pasa en San Isidro de Coronado, en el Guanacaste, en el Santuario Nacio-

nal de Nuestro Señor de Esquipulas, y hasta con la Sabana de San José. No dirían entonces, como acaba de decir el mister Raimundo Leslie Buell de la *Foreign Policy Association* de Ofir, pendejadas como la de que en la América Latina se abandona el ideal que interpretó Rodó por abrazar sepa Dios qué *American ideal* (esto es, *ideal yanqui*) del mister Ubaldo Frank.

Persiles

Heredia, enero, 1931.

## Estampas

### El "home necio" del Arcipreste

= Colaboración directa =

Hoy nos explicamos por qué este *Libro de Buen Amor*, anda tan perdido en sus juicios referentes al dinero. Seiscientos años son una edad bastante considerable. El dinero pudo ser entonces un poder tan avasallador que no diera paz al Arcipreste y éste se vengara poniéndolos en el marco muy dorado que llamó: *Ensiemplo de la propiedad quel dinero ha*. Pero la lectura de esas páginas escarnecedoras no podrá mover hoy a nadie a ningún rencor contra el dinero. Pensar en qué tal *Ensiemplo* cuenta seiscientos años, es ver desbordarse el tropel de seiscientas razones que condenan por vetusto el juicio del Arcipreste.

¿Cómo, si no es en un siglo de lejanía muy notable, ha podido alguien imaginar al dinero en funciones todopoderosas? El Arcipreste, hombre de ese siglo, habla así:

«Mucho faz el dinero, e mucho es de amar,  
al torpe face bueno e home de prestar,  
face correr al cojo e al mudo fabrar,  
el que non tiene manos, dineros quiere tomar.  
Sea un home necio e rudo labrador,  
los dineros le facen fidalgo e sabidor  
cuanto más algo tiene, tanto es más de valor,  
el que non ha dineros, non es de sí señor.»

No podría ningún espíritu sin enconos, que es decir un espíritu moderno, ya se exprese en verso o en prosa, influir al dinero de ese poder tiránico. Hoy el hombre adinerado está relegado en todos aquellos menesteres que puedan inspirar pareceres de cierta elevación austera o siquiera juiciosa. Los adinerados de un país hacen los negocios, fundan clubs, frecuentan las tertulias, presiden los funerales de pompa, viven en palacetes, gastan automóvil, disfrutan de rentas, pero nada más. Mentira que al «home necio e rudo labrador, los dineros le facen fidalgo e sabidor», en esta época en que las capacidades se ven a prueba minuto a minuto. El saber en el orden superior de la vida no se simula. ¿Qué harían los países guiados por el decir del Arcipreste? Estarían improvisando hombres cada vez que un problema de cualquier orden pidiera el consejo de los mejores. Imposible. El adinerado dentro de su caja de seguridad.

El ejemplo que los gobiernos de todos los países ofrecen es el de postergación del adinerado. Y se le posterga, no por

iniquina, y mucho menos por reacción contra lo dicho por el Arcipreste, sino por el sentimiento bien difundido entre la clase gobernante, de que con el adinerado los problemas nacionales retroceden cincuenta años. ¿Cómo le llegó el dinero a este hombre afortunado que paga con cheques hasta el oficio míni-

mo del limpiador de ropa? Ah!, hay que recordar cuando de seis de la mañana a diez de la noche lidiaba con ebrios y cocineras detrás de un mostrador; cuando cobraba alquileres de casas en los barrios pobres, trapeado porque había goteras, o porque los excusados apesataban; cuando en las plazas de ganado compraba y revendía novillas, toros, caballos, entre boñigas y majonazos; cuando de intermediario jadeaba días enteros en las ventas de tierras y casas. Todos esos comienzos duros hay que recordarlos y darse cuenta de que han sido la médula de estas vértebras que con el transcurso de los años han podido ostentarse en cuerpos respetables, en cuerpos de adinerados. Los gobernantes, gentes despiertas y preocupadas, saben que si en momentos de acudir acudieran torpemente a sentar en torno a la tabla redonda a quienes sólo han tenido tiempo para recoger el real, se verían envueltos en pareceres infantiles. Por esta razón fundamental cuando los negocios públicos están vacilantes, no es al adinerado a quien invitan los gobernantes. De sus

## Siete décimas

—Envío del autor. Del libro próximo: *Ruta en Imagen*—

### 1.—Río

Claridad, fibra y fondo  
en contorsión y duda;  
parlera, sí, aunque muda  
corriente en plano y hondo.  
Frágil beso en redondo  
—¡estrella, luna, cielo!—  
marco sin voz ni velo  
ni libertad, ¡oh río,  
blanco de azul, bravío  
manantial de desvelo!

### 2.—Blanco

Vibración. Lo finito  
descansando en lo eterno:  
primavera e invierno  
—flores y hielo—en grito.  
Lo blanco, sí, en circuito  
¡luz, viento, sol y día!  
madrugada en porfía  
y lucero en desvelo.  
¿Blanco o azul? ¡oh cielo  
pleno del mediodía!

### 3.—Tarde

Ruta en imagen! ¿tarde  
o mañana en desvelo?  
No; mariposa en celo  
—nube—en azul cobarde!  
Olivar, pino, fuente,  
—mariposa y serpiente—  
y en luminaria! ¡Río,  
espejo, albor de pluma  
de la tarde en espuma  
lapidada de frío!

### 4.—Cuadro

Manso, en mi mano, sin vuelo  
todo el crepúsculo aquí,  
eterno ya, siempre así,  
en canción, en luz y anhelo!

¡Qué concreto y con qué celo  
espera la luz precisa  
para despertar la brisa,  
maravilla de instante,  
que en su fronda, inmóvil, cante  
sin voces ni rumor: lisa!

### 5.—Estanque

Todo el rumor, en ti, preso,  
ya en impaciencia y dintel;  
maravilla en punto fiel:  
¡luz, cristal, frescura y beso!  
¿Onda o quietud? El proceso  
en curso se determina;  
la curva se afila: ¡esquina,  
primero, después se aleja  
en geometría compleja  
toda ya espejo en retina!

### 6.—Alba

Oh, sí, curva, ya amable  
y en vilo, diluida  
hacia color, herida  
—oh el viento!—en lo inefable!  
¿Parábola? Inmutable  
finge voz y se allana  
en lejanía urbana  
toda la luz y abierta,  
por golpe y luz, la puerta  
se rinde a la mañana.

### y 7.—Imagen en espejo

Espejo, imagen pura  
desnuda de artificio,  
sin sombra, sin resquicio  
de falsa luz: madura.  
Sin voz, sin armadura  
de concepto: precisa  
en el reflejo, lisa  
para toda la espera;  
abierta, amplia, sincera,  
infinita, concisa!...

Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña

Valladolid, España, 1930.